

Prólogo a la primera edición de “El Quijote y nuestro tiempo”

Tomás Borrás

El prologuista no es un anticipador del libro. Por lo que no se trata ahora de repetir, antes que el autor, lo que el autor dice. Me contento con el papel, modestísimo, de paje de cortina.

Antes de presentar la trascortina, que ofrece una panorámica del pensamiento, he de exigir del lector que a lo largo del recorrido de EL QUIJOTE Y NUESTRO TIEMPO, tenga presente que el autor es un muchacho de menos de diecinueve años. Así calará en las calidades excelsas del muchacho, al apreciar la cantidad de talento, prematuramente madurado, con que Ramiro Ledesma Ramos, el superdotado, apareció en la vida.

Se trata en este libro, en sus últimas semínimas, de cual sea el ambiente en que ha de trabajar la juventud (la juventud de su tiempo) y cómo se descompone nuestro enigma en dos términos trascendentales: un ente llamado «vida», que envuelve a la juventud, y su íntima pareja, inseparable, llamada «inteligencia». La cultura ha evitado cuidadosamente entrar en el campo de lo irracional (de la vida espontánea, biológica, natural), pues su ambición es superadora de lo instintivo. Ahora —es el 1924— nos hallamos con que el «pienso, luego existo» cartesiano ha fracasado. Porque es imperativo el otro elemento integrador del compuesto, es inevitable, incoercible y forma parte de la sustancia existensiva. ¿Qué hacer? Ramiro da la solución.

Como Ramiro no pretende jamás tratar sino con jóvenes, a la juventud la habla de la necesidad urgente que tiene de conocerse a sí misma. Y de dar de lado al cosmos establecido por lo intelectual, lanzándose a «vivir», o sea a domesticar y superar la «vida». El simple hecho de «estar aquí» ya es grandioso y lleva a la inmortalidad, último fin del hombre. Para lograr esa meta, hay que cultivarse y lograr «el alma individualista» de cada uno, pues la cultura, digan lo que digan los pedantes, no es sino «ansia de otra cosa», y «fuera de nosotros, nada existe».

Filosofar así a los diecinueve años es signo y promesa de un futuro eminente. Juega Ramiro con el Quijote —juego de mente pletórica— y saca de él esquirlas, escolios novísimos, personalísimos, manipulando las paradojas con habilidad de dialéctico consumado. Así envuelve la almendra de su teorizar, deduciendo. Desea arrasar cosas decrepitas o mohosas, caducadas y estériles. Mira un horizonte, un porvenir radiante transido de sol de verdad. Es, pues, un revolucionario. Por eso se dirige a quienes aún no han aceptado la situación que hallaron al nacer y pretende infundir en ellos el revulsivo que creará la convivencia y la felicidad sobre otras bases.

Luego, cuando construya en 1931 su propia savia, el sistema político que gana la batalla al marxismo, desechándole por falso e inútil, empleará los mismos argumentos: crear la «otra cosa» con la que sueña el joven, en todas las épocas, inconforme y lanzado, y empezar el nuevo camino, liberada el «alma individualista», encarnada ya en un hombre superador. (A la vuelta de la esquina, Nietzsche espera).

Es, pues, Ramiro, un anticipado a su época. El joven de 1924 es el que describe en 1924.

Tal es el meollo de este deshojamiento del Quijote para hallar su médula oculta. Pues Cervantes es tan esotérico, que cada cual tiene su Quijote, la interpretación propia de su sobrenaturalidad. Y todas son aceptables y ciertas. La de Ramiro se refiere a la disociación que halla entre Don Quijote y Alonso Quijano, el Bueno. Su análisis, que hace zigzags sobre el texto, lo remonta y lo presenta a vista, no a vista de Autor, sino de Creador, el que tiene los secretos de las criaturas, y el sentido de lo que preside Él.

Libro un tanto religioso, por lo tanto. Libro para pesar cada línea. Rival del de su reverenciado Unamuno. Libro de infinitos senderos, como el mar. Que representa una originalidad incontaminada, pura.

Ramiro Ledesma Ramos, con sus claves icarias del Quijote lanzadas al aire matemáticamente, delicioso espectáculo: el del muchacho que nació maestro, y alecciona en verdes años, con conceptos nunca antes usados. Lo cual corona la vida ajustada a su juicio de la «vida» que, melancólicamente, llora en este párrafo: «Me parece que la novísima generación intelectual aspira a situarse en el plano de las grandes perspectivas. Desde ese plano —paradojalmente picudo— el espíritu de don Quijote aparecerá limpio de sombras. Si vivo dentro de cincuenta años, escribiré otro libro sobre don Quijote.» No le dejó el racionalismo, contra el cual se alzaba a los diecinueve años, y como no podía refutarle, le asesinó.

De este librito podría sacarse una aforística. Tan ceñido, conciso y recortado está el concepto. También, dentro de su extrañeza en los años de su aparición, sólo explica con alusiones; prefiere que el lector —¡y que sea un joven!— desarrolle por sí mismo el germen que te ofrece. Ramiro, podría decirse exagerando un poco, más que contestar, pregunta. Reta, en suma: «¡Gloria a Cervantes! Sí, pero a la vez es necesario meditar una contestación. Será una gran generación la que logre contestar plenamente, aunando los bellos gritos, las interrogaciones del Gran Libro.» Hay que contestar a Cervantes, hay que Requijotar, ¿o Desquijotar?, jóvenes amigos. ¡A ello!...

Otra cosa que, para mí, tiene mucho interés: Ramiro anula la infundada censura de Byron. El cual dijo que Cervantes había desalentado a los españoles, a los hombres todos, al advertirles a qué desastre se encaminan al defender la Verdad. ¡Con qué radiante novedad enseña a Byron y a los que le siguieron, cuál es la esencial finalidad de don Quijote, y cómo sus actos son conformes a triunfo, en sus resultados! Parece anunciar en lontananza el quijotismo de la Cruzada, que demostró, en hechos, el antibyronismo en tesis. Actitud española, doblemente, la de Ramiro.

Los paralelajes de esta obra, en su fondo alegre, radical giro de los jóvenes hacia otras metas, merecen, uno a uno, glosa y ampliación. Habría que escribir los paralelos con Ramiro. No seré yo el que lo intente. No soy sino un prologuista, paje anunciador de la señoría, y, además, no he de repetir lo que en mi biografía de Ramiro intenté, al colocar la obra en su puesto, dentro del itinerario fatal de este hombre modélico.

Obra, y punto final, no obra clímax; tampoco intento y tanteo. En ella está casi todo Ledesma Ramos, el que nació de la cabeza de un Júpiter dotado de todas las armas.

[Este prólogo (págs. 7-11), obra de Tomás Borrás, antecede al ensayo de Ledesma Ramos “El Quijote y nuestro tiempo”, que apareció publicado por vez primera en 1971 (esto es, casi medio siglo después de haber sido redactado por un jovencísimo

NUESTRA REVOLUCIÓN, Página web dedicada a Ramiro Ledesma Ramos
www.ramiroledesma.com/nrevolucion

Ledesma, que contaba con diecinueve años de edad), de la mano del editor Vassallo de Mumbert, de Madrid]

**>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_001**